

las grandes ciudades, hace la descripción de su lujo con una irrisión solemne; y la compostura de aquellos grandes pueblos voluptuosos y degenerados se le representa como la mortaja brillante que va á envolver su cadáver.

¡Y ante este poder de las cosas y estas lecciones de la historia quiérais extender mas y mas, como un elemento de progreso, lo que en todo tiempo y en todas partes fué una causa de decadencia y un preludio de ruinas!

No, señores, no: lo que conviene hoy dia y en este mismo momento en qué os hablo, no es un nuevo impulso dado al lujo, sino una reacción contra un movimiento que empuja directamente á un abismo. Dios da á cada uno su misión acá en la tierra, y yo cumplo con la mía cerca de vosotros. Dios me envía para declararos, que es indispensable una reacción contra ese movimiento fatal que os arrastra. Sí, señores, y no temo decirlo; la reacción contra el lujo, en la proporción que permita vuestro estado, es en este momento para todos vosotros una misión social. Si no la aceptais, haceis traición á vuestro deber, y fallais al llamamiento de Dios. ¡Cosa extraña! Casi todos confiesan hoy en dia, que el lujo es excesivo: todos aquellos que tienen que sufrirlo, claman con gritos amenazadores para que se detenga ese movimiento fatal; y aquellos mismos, que lo disfrutaban con placer, confiesan que la corriente del siglo y el despotismo de las imitaciones serviles los arrastran á locuras que su conciencia desaprueba y su buen sentido estigmatiza. Pero se sigue esa corriente que arrastra al abismo, y cada uno se tranquiliza diciendo: «Es preciso hacer como los demas: que los otros principien, y yo los seguiré en una reacción necesaria contra un lujo que corrompe nuestras costumbres, devora nuestras fortunas, arruina las familias y amenaza la sociedad.»

Así pues, todos lo confiesan, la reacción es necesaria, urgente: ¿pero quien será el primero en acometerla? ¿quien dará el impulso á ese nuevo movimiento? Señores, los grandes ejemplos deben venir de arriba; y cuando digo *de arriba*, debéis advertir, que no es mi intención hablar aquí del deber de los gobiernos y de los poderes constituidos, pues esto no me atañe. Yo no predico aquí delante de reyes; á vosotros es á quienes hablo, á vosotros que representais al gran pueblo de Francia en todas sus clases; y así os digo, que á aquellos en especial, que

pertenecen á la clase elevada, incumbe tomar en esa reacción una generosa iniciativa. De allí partió el ejemplo del lujo y de los excesos que en pos de sí lleva; de allí debe salir también el ejemplo de la moderación junto con las virtudes que ella produce. Así pues, todo lo que es alto por el nacimiento, alto por la nobleza, alto por sus funciones, alto por sus riquezas, alto por su nombre, debe creerse, en este momento, especialmente llamado para refrenar con el poder del ejemplo esa grande aberración del siglo. Si Dios me hubiese dado en patrimonio alguna de estas grandezas, quisiera hacer oír esta predicación poderosa de la distinción modesta y de la ilustración que brilla con su propio esplendor. Que las locuras del lujo gusten á un plebeyo enriquecido por una casualidad; que gusten á un héroe del juego, que ostenta hoy á la capital asombrada el tren de sus coches, de sus caballos, vestidos y libreas que ganó ayer á la alza ó á la baja; esto lo concibo bien. Que el lujo con sus excesos mas monstruosos sea ambicionado por las mujeres públicas vestidas de seda, entes parásitos y viles, que parecen nacidos expresamente para devorar el bien de los pobres y la virtud de los ricos; que los desórdenes del lujo sean del gusto también de una nobleza que se abdica, de una juventud dorada que mata con su vida licenciosa el honor de su alcurnia, y sepulta en las orgías la gloria de su nombre y el lustre de sus ascendientes: ¡ah! ya lo comprendo, ¡todo esto es degradado, todo es miserable!

Pero, que los que quieren conservar el patrimonio de las verdaderas grandezas humanas; que los que quieren llevar con dignidad un nombre que ha dejado impresas en la historia páginas brillantes; que los que llevan en la frente una auréola de distinguidos servicios, de altas dignidades, de ilustres nombradías, de sublimes virtudes, quieran competir en el lujo con la mediocridad, el vicio y la licencia; esto sí que no lo comprendo; esto, á mi entender, oscurece el brillo del nombre mas ilustre, y rebaja la misma grandeza. Porque cuando uno pone tanto empeño en hacer depender la gloria y el honor de la forma de su vestido, del brillo de su habitación, y del dorado de sus coches, da muy bien á entender que se siente en sus adentros falto de toda verdadera grandeza. ¿Por qué, pues, esos esfuerzos insensatos para haceros grandes con tanta demasía? Si os falta la verdadera grandeza, ¿por qué buscáis en el lujo otra falsedad? Y si realmente la teneis, ¿por

qué os rebajais vosotros mismos hasta luchar en grandeza facticia con miserables?...

Por lo tanto, que todo aquel que es verdaderamente grande, honrado, noble, rico, de alta clase, y digno por su posición de tener una influencia social, se separe por fin de esta corriente desastrosa que arrastra á todas las clases: haced una liga generosa, una especie de legión de honor para luchar con valor y gloria contra esos excesos degradantes; en una palabra, que el lujo, tal como lo practica el mundo de nuestros días, sea una marca de oprobio, no un honor. ¡El honor! ¡ah! el mundo lo pone las mas de las veces donde quiere, y muy pocas veces donde debe estar. Hagamos, pues, consistir el honor en donde se halla tambien el mérito y la virtud, es decir, en la moderación; y que en el punto de vista en qué nos hallamos, sea la gloria para aquel que dará mas y gastará ménos. ¡Y vosotros veréis!... cuando se diga que el exceso del lujo no es obra sino de un noble desmoralizado ó de un hombre mal educado; cuando será notorio que esa ostentación inmoral no es propia sino de un rico egoísta, de los jugadores famosos y de las mujeres públicas de alguna celebridad: entónces temerán todos, y con razón, llevar en sus muebles, en sus festines y hasta en sus vestidos el estigmate de sus vicios y la señal de sus torpezas; verificándose así la reacción para el honor de los ricos, el alivio de los pobres y la salud de todos.

Pero para ello, lo repito aun, son necesarios grandes ejemplos: yo no pido en esta capital sino el concurso de cien familias que tengan una verdadera grandeza, para que dentro de pocos años la reacción sea cumplida. Vosotros teneis cofradías, asociaciones, ligas santas para el alivio de todas las miserias, y yo os felicito por ello: ¿por qué, pues, no deberíais tenerlas para la extinción de esta miseria que resume todas nuestras miserias? Y vosotros, que suspirais por todos los progresos con amor y sinceridad, ¿por qué no debíerais hacer, á la faz de todo el mundo, una intrépida conspiración contra ese lujo antisocial que prepara todas nuestras decadencias?

¡Vamos, señores, ánimo y resolución! ¡Atras, ese lujo impertinente, provocador, inmoral! ¡Arrojad de vosotros, como una lepra, todo lo que esos vestidos contienen de anticristiano, antisocial y degradante! ¡Guerra á ese lujo, que produce el orgullo! ¡guerra á ese lujo

que fomenta la codicia! ¡guerra á ese lujo que nutre el sensualismo! ¡guerra, por fin, á ese lujo, que con estas tres cosas perpetúa y aumenta nuestro obstáculo al progreso, es decir, la *concupiscencia*! Buscad el progreso allí donde comienza; en Belén y en el Calvario. Por allí, esto es, por la mortificación, por el desapropio, por la humildad, han pasado las generaciones cristianas, para elevarse con Jesucristo, de perfección en perfección, hasta la plenitud de su grandeza, y hasta la gloria de su eterno Tabor.

CONCLUSION.

Señores, ya he acabado de manifestaros el fuerte obstáculo á nuestro progreso moral: y recogiéndome delante de Dios y de mi conciencia, experimento aquella satisfacción, que halla uno en sí mismo despues del cumplimiento de un deber, mezclada del temor de haber faltado á él. Pero ántes de bajar de este púlpito, siento en mi corazón conmovido la necesidad de haceros una doble declaración.

¿Quien sabe, si despues de haberme oído en el decurso de esta cuaresma, habréis dicho alguna vez en vuestro interior, al salir, lo que los Judíos decían despues de haber oído un sermón de Jesucristo: «*Durus est hic sermo; quis poterit audire?*» Ese discurso es duro; ¿quien podrá oírlo? Esa predicación es austera; ¿quien podrá seguirla?» Señores, vosotros habeis probado muy bien, que se podían oír estos sermones, que se podía seguir esta predicación, porque habeis vuelto cada día en mayor número; y parece que, para corresponder á vuestra solicitud, hubiera sido preciso ensanchar el recinto de esta basílica, demasiado estrecho para que pudierais caber todos. ¿Como, pues, será posible explicar esta necesidad de sujetaros así vosotros mismos al poder de una palabra austera? ¡Ah, señores! una cosa me explica vuestra concurrencia; y es, que en esta palabra habeis oído el grito de vuestros corazones y el eco de vuestra voz. Yo he dicho en voz alta lo que vosotros decíais en voz baja. Yo tenía á mi favor, contra vosotros mismos, el testimonio de vuestras almas; y vosotros, llamando como testigo esa rectitud y simplicidad del alma que responde á la verdad, habeis dicho: «Esta predicación es severa, pero tambien es verdadera»;

y tan grandes como Luis XIV delante de la verdad, habeis añadido : « Ese hombre cumple con su deber : vamos á oírle, y despues cumplamos nosotros con el nuestro. »

Sí, señores, cumplid con el vuestro, y todo está salvado ; porque, si vosotros lo quereis, todo puede aun salvarse, y es mi segunda declaracion. Dios me libre, ahora que voy á concluir, de dejaros expuestos á la desesperacion. No, señores, creedlo bien ; yo no desespero, ni de vosotros, ni de vuestro siglo : cuando un siglo da espectáculos como este, todavía tiene derecho á esperar. Un hombre de este tiempo ha hecho un libro singular, el cual, no obstante las muchas verdades que contiene, se apoya todo entero sobre un error fundamental : *el fin del mundo por la ciencia.*

Segun aquel libro, la humanidad está predestinada, por una especie de calvinismo filosófico, á progresos necesarios, y á catástrofes fatales como resultados de esos progresos. Yo rechazo esta opinion, que desespera á la humanidad é insulta á la Providencia. Yo no digo : el fin del mundo por la ciencia, la ruina de la humanidad por el progreso material ; sino qué digo con la Iglesia y el Evangelio : peligro del mundo por la concupiscencia ; decadencia de la humanidad por el progreso del sensualismo, de la codicia, del orgullo y del lujo. Yo he debido considerar mas de una vez el lado sombrío del objeto : y he visto sobre el camino los vapores que, del fondo de todas las concupiscencias, se levantaban al rededor de mí, y que formaban en el horizonte nublados cargados de rayos ; y he debido exclamar con Bossuet : « ¡ Ay de la tierra, ay de la tierra, y todavía otra vez, ay de la tierra, de la qué sale una humareda tan espesa y unos vapores tan negros que se levantan de esas pasiones tenebrosas, y de los qué salen tambien relámpagos y rayos contra las corrupciones del género humano ! »

Pero, señores, vosotros podeis prevenir esas tempestades y conjurar esos rayos. Mas allá de esos nublados yo descubro horizontes espléndidos, iluminados por la luz pura del cristianismo, en los qué se despliega el verdadero progreso en la fecundidad de las virtudes cristianas. Allí está la faz eminentemente cristiana, la faz radiosa de nuestro objeto.

Si Dios nos concede la gracia de que volvamos á hallarnos debajo de

estas bóvedas que nos han visto ya tantas veces reunidos, discurriremos, absortos de contento, por aquellas regiones luminosas, y andaremos juntos aquel camino real del progreso cristiano que conduce la humanidad á Dios por Jesucristo Nuestro Señor.